



*La Buena Madena*

DANA HART

Eugenia vivía en una ciudad costera. Quedaba, aproximadamente, a dos horas de la gran ciudad. No le gustaba ir mucho hacia las luces, preferías las olas, el cantar de las aves, los humedales. Por las noches caminaba descalza por la arena húmeda, pensando planes, proyectos que construir al siguiente día. La madera era un truco de magia entre sus manos, y gustaba de trabajarla, usando su innumerable cantidad de herramientas.

En su casa, se había construido un taller, pintado de color naranja, donde tenía colgadas de manera sumamente ordenada, todas las herramientas de trabajo, como taladros, martillos, brocas, serruchos, destornilladores manuales y eléctricos. Y una gran cantidad de tornillos de todas las medidas. Le gustaba pasar las horas atornillando y desatornillando cosas, cualquier cosa, con la sola excusa de sentir su voluntad penetrar la madera, romper el cerco, transgredir la norma, la rígida dureza de lo quieto.

Muchas veces no se oía ningún ruido. Ni el mar emitía su tradicional crujido. Pero Eugenia en la inmensidad de la nada, hacía crujir la herramienta, llorar al taladro, escarbar el destornillador más allá de la madera.

Hacía trabajos especiales para las personas pudientes de la zona, que son generalmente, quienes habitan el borde costero, violando humedales, saqueando suelos, montándose sobre la playa, como si no temieran que el mar se lo llevase nunca. Y se los lleva. Es del todo común ver edificios devastados por las olas, corroídos por la arena, que con sus bolsillos llenos de dinero, vuelven a levantar en un parpadeo, utilizando los mismos materiales, en exactamente los mismos lugares de apoyo, garantizando que van a volver a hundirse con la corriente. Es algo humano. No reaccionar a tiempo.

Eugenia había tenido que ir en reiteradas ocasiones a rehacer estanterías caídas o bien humedecidas con el paso del tiempo. La brisa marina no tiene preferidos. Arrasa con lo que se encuentre. Maderas. Metales. Telas. No hay material que no quede molido, podrido o

deteriorado gravemente por la suave corriente salina en el aire. Eso favorece a Eugenia, que tiene que volver a barnizar a menudo los muebles de las gentes. Los períodos otoñales e invernales, son los más convocantes. Porque durante las vacaciones, los dueños de las casas las ocupan para el veraneo, pero en la temporada de frío, las abandonan y olvidan. Cada casa queda vacía, sola, llena del frío de la noche. Sin la arena de los zapatos de sus visitantes, ni las luces encendidas por algún descuido.

A veces Eugenia odiaba a esas gentes. Sobre todo cuando el trato no es del todo bueno, cuando tienen actitudes patronales o creen que por tener un billete, son superiores. La miran por encima del hombro y no la saludan ni cuando llega, ni cuando se va, como si ella misma fuera de madera y eso le molesta, le molesta mucho. Intolerablemente.

Aprendió a dominar el moho de las paredes. Que es como su propio ejército inanimado, que la sigue a todas partes y se dirige a ella como su reina y señora. Si

alguien no le cae bien, deja derechamente una bandejita de moho casero, escondida entre las paredes, los cuadros o los ramales de un árbol que topa con la casa y santo remedio, se terminan los malos tratos, pues ligerito la llaman rogando, que venga a salvarles del cruel moho. Así descubrió que el moho es un excelente mejorador de los tratos.

Aunque no soluciona todo. Porque cuando ella estaba agachada, repasando el moho con esmalte sintético, el turista estaba descansando sobre la arena, dorando sus glúteos al sol, sudoroso en bronceador.

En una oportunidad, tuvo entre sus manos un frasco con una sola termita, rellanita y puntiaguda, que iba a saltar pronto del hambre a atacar lo que se le pusiese en frente. Pero no se animó a soltarla. Ni en la peor de las mansiones. Prefirió mantenerla en el frasquito y alimentarla de vez en cuando con un trocito de pino fresco.

Mucha gente cuestiona las formas de tala indiscriminada en esta sociedad, y ella adhiere

completamente a esa discusión. Contra los monocultivos. Contra la discusión aquella sobre la “buena madera”, que tanto hace que se froten las solapas los señores, que se creen moldeados en un material muy superior a los corrientes, pero verdaderamente son de carne y hueso. Le gustaría que se inventara pronto un sucedáneo de madera, que no implicara matar a ningún otro árbol, pues tanto le gusta su sombra, su talla, su altura, su mirada estratosférica del cielo y el oxígeno, que provee y alimenta.

Por ser mujer, muchas veces, tuvo que mentir al cliente, diciendo que su marido vendría a hacer el trabajo. Cuestión que el marido nunca aparecía, y ella, la ayudante, terminaba haciendo todo el trabajo. ¡Qué reivindicable aparecía siempre frente a cualquiera que no supiera cómo poner un clavo! ¡Tan capaz! ¡Tan audaz! ¡Tal colgada en la ventana! Pero Eugenia solo hacía su trabajo, porque como decía Carlitos, “*el trabajo es la medida de todos los valores*”.

En un mundo de hombres, el esfuerzo que hay que hacer es doble, para poder llegar a la mitad. Porque no hay camino previo. No hay senda. Se abre el paso a martillazos. Se construye el sendero.



[WWW.DANAHARTESCRITORA.COM](http://WWW.DANAHARTESCRITORA.COM)

MELLE

MA LO  
MOPSLAM

Lucia B

VIC

Uiriam

J + E



Tess

Eline

111001010